

Freda Sternberg  
Vincente Blasco Ibanez: The Author of  
*The Four Horsemen of the Apocalypse*  
(*The Home: an Australian quarterly*, febrero 1920, pp. 7 y 68)

Cuando fui a entrevistar a Vicente Blasco Ibáñez, autor español de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y muchas otras novelas ahora famosas, encontré el pasillo, junto a su sala de estar en el Hotel Belmont, de Nueva York, literalmente abarrotado con la colección más extraña de periodistas que había visto en mi vida. Todos me fulminaron con la mirada, el tipo de mirada que generalmente se otorga al hombre o la mujer que intenta saltarse su reclamo en una cola de cine. Ignoré tales miradas, y reforzada por la nota del secretario de Ibáñez, que decía que el autor me atendería puntualmente, entré en la habitación al final de lo que parecía una procesión casi interminable de botones. Cada uno llevaba un lote de telegramas, mensajes o cartas.

Cuando entré, Ibáñez estaba demasiado ocupado para atenderme. Los botones le abrumaban por el momento. El secretario indicó una silla en la que podía sentarme, así que aproveché la oportunidad para estudiar a «un gran autor trabajando», atendiendo a los botones.

El centro de atención de Nueva York en su máxima expresión se centra hoy en Ibáñez. Está siendo agasajado como solo un escritor de éxito puede ser agasajado en Nueva York. Los millonarios se disputan su compañía; el East End se emociona al pensar que él, un revolucionario, está en la ciudad; Broadway habla día y noche del momento en que se dramatizarán y filmarán sus novelas; sus libros se venden como pan caliente, y se le cita con respecto a todo, como si fuera el Mesías venido a resolver todos los problemas de la posguerra.

La única persona que no está entusiasmada con Blasco Ibáñez es Blasco Ibáñez. Hice este descubrimiento poco después de conocerlo realmente, después de que se hubiera deshecho del sinnúmero de los botones. Me sentí orgullosa de mi perspicacia, ya que él no habla una palabra de inglés y yo sé tanto de español como del Círculo Polar Ártico. Por supuesto, el secretario-intérprete facilitó bastante las cosas, aunque el francés asomaba a intervalos, pero el francés de Ibáñez no era como el que se enseña en las escuelas australianas.

Antes de iniciar la entrevista propiamente dicha, descubrí una serie de cosas sobre Ibáñez que tienen que ver con su apariencia personal. Tomé nota de su físico robusto, capaz de un esfuerzo infinito; su enorme cabeza con su desordenado cabello negro; su aristocrática nariz aguileña, su barbilla hendida; sus ojos, castaños, agudos y bondadosos, que más bien mostraban signos del cansancio del trabajo prolongado y del

sueño insuficiente. «El rostro de un hombre que ha trabajado duro, ha pensado mucho, ha vivido mucho y lo ha disfrutado todo», pensé.

Toda su personalidad era sumamente magnética. Sus manos hubieran encantado a un artista: eran musculosas y se movían rápidas con una energía nerviosa. Podría haberlas estado mirando durante una hora, pero de repente descubrí que estaba preparado para hablar.

—¿Qué quiere saber ella? —fue su primera pregunta que tradujo el intérprete.

—La historia de sus primeros años —le devolví por el mismo medio.

Abierta la línea de comunicación, la charla avanzó a un buen ritmo.

—Si les contara la historia de mi vida —dijo Ibáñez—, estaría hablando todo el día y toda la noche y aún no habría terminado.

Sin embargo, en muy poco tiempo, me contó lo suficiente para convencerme de que su existencia había estado llena de aventuras y acción.

—Yo fui un ardoroso revolucionario —comenzó—. Di discursos y escribí artículos contra la opresión y fui encarcelado treinta veces por delitos políticos. Una vez hice una revolución. Cuando los Estados Unidos y España entraron en guerra, volví a tener problemas, porque apoyaba la libertad de Cuba. Cuando las cosas se ponían difíciles para mí en España, solía huir a Sudamérica y París. Fui vaquero en Sudamérica durante seis años y fundé una ciudad en la Patagonia y la llamé Cervantes. Le llevé a seiscientos españoles, rusos, alemanes e italianos. Mi ciudad aún existe —agregó con orgullo—. Luego, también, llevé a cabo una gira de conferencias en Argentina al mismo tiempo que Anatole France.

A pesar de sus inclinaciones revolucionarias, Ibáñez mira con optimismo el futuro de su tierra natal.

—España —me dijo— es un país maravilloso, no se queda atrás en nada; un país cuyo único defecto es la pobreza. Fíjese en nuestra pintura, música y literatura: son de las mejores. No tenemos paciencia con esa nueva locura que se llama arte. España produce más literatura en proporción a su población que cualquier otro país del mundo. Hoy tenemos en nuestro país un renacimiento del arte y la literatura.

Desde que estoy en Nueva York, la gente me ha insistido, una y otra vez, en que Ibáñez es en sus novelas una combinación de Victor Hugo y Zola, así que le pregunté sobre esta idea. Parecía complacerlo.

—En España me comparan con Zola —admitió—, pero no soy digno de ser comparado con Victor Hugo, el escritor al que más admiro. Tengo sus fotos en todas mis casas, una foto en cada habitación. En mi comedor de París tengo un cuadro de él

que cuelga de la pared opuesta a mi silla y siempre lo miro. No —insistió con gran modestia—, no merezco ser comparado con él. Fue un gran escritor y un gran poeta.

Al hablar de sus libros, Ibáñez me dijo que casi había terminado uno nuevo en el que uno de los temas trataba sobre la vida de una mujer española que llega a América para introducirse en el mundo del cine. También me dijo que tenía seis o siete novelas más, todas elaboradas en su cabeza esperando a ser escritas.

—Trabajo duro —subrayó—, y eso me mantiene joven. Deseo ser eternamente joven y, después de todo, la juventud depende de la voluntad. Uno solo tiene que desear lo suficiente para retenerla.

Andando de un lado a otro de la habitación, como si quisiera encontrar una salida para su tremenda energía, Ibáñez me habló de las circunstancias que le llevaron a escribir *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

—Estuve en París —comenzó—, desde el primer día de la guerra. Estudié de cerca los primeros momentos, los más difíciles y estresantes. Se tenía la sensación de estar en Pompeya o en alguna otra gran ciudad excavada tras siglos de enterramiento. Todo el mundo había salido de la capital de Francia. Parecía que el mundo estaba a punto de desaparecer: el espíritu de la muerte se cernía sobre la tierra. En la soledad de la gran metrópoli tuve la primera visión que me llevó a escribir mi novela.

Tres meses después —continuó—, después de la Batalla del Marne, el presidente Poincaré me invitó a ir al frente. Mientras recorría el vasto campo de batalla del Marne, el libro empezó a cobrar forma. Allí conocí a muchos de sus trágicos personajes, y más tarde, en un París oscurecido al caer la noche, helado por falta de combustible y medio muerto de hambre, por las carestías alimentarias, en tres meses escribí mi libro.

Los cuatro jinetes —Hambre, Peste, Muerte y Guerra— han huido —Ibáñez dijo esto como si apenas pudiera creérselo—. Han sido expulsados por la voluntad del pueblo. Han sido derrotados, pero ¿quién puede decir que se han ido para siempre?

Es difícil responder a esta pregunta. Es imposible vaticinar el futuro. Nunca los acontecimientos arrojaron una sombra más corta ante ellos. La guerra ha levantado una enorme nube de polvo. Los mismos hombres que participaron en la lucha, los propios líderes, han sido cegados por el polvo y no pueden ver. Nadie puede decir con certeza qué se puede esperar exactamente después de que la atmósfera se aclare. Nadie puede resolver los grandes problemas; desde los líderes hasta los ciudadanos más humildes, todos compartimos la misma ignorancia.

Lo único que todos podemos sospechar —continuó— es que detrás de esa nube oscura se está moviendo un ser misterioso, un ser misterioso llamado por alguien el Quinto Jinete: el conflicto social.

Evidentemente, a pesar de su aparente pesimismo, Ibáñez no cree en la victoria del quinto jinete.

—El sentido común de la gente —insistió— pondrá en fuga a ese jinete. Todo depende de que comprendan el verdadero significado de la vida moderna, sus necesidades y exigencias.

En Europa, las clases altas, los llamados nuevos ricos, están ejerciendo una influencia inmoral sobre las masas; el creciente coste de la vida también la hace más difícil, y nunca la expresión «bailar en la cima de un volcán» fue más cierta que hoy.

Pero la huelga —destacó enfáticamente— no es la solución para hoy. La huelga no es un fin en sí misma. La huelga es un instrumento de guerra y el mundo se ha cansado de la guerra. El mundo necesita paz. La cuestión social no es, como muchos piensan, una cuestión puramente material. También es una cuestión espiritual.

La solución debe estar inspirada no solo por un espíritu de justicia, sino también por la ley y la tolerancia. Soy de los que creen que toda dificultad tiene su solución y que con el tiempo todos los problemas se resolverán.

En ese momento sonó el teléfono con insistencia.

—¡El teléfono, el teléfono, es una invención del diablo! —gritó Ibáñez en francés. Lo entendí y pensé que era un momento oportuno para despedirme.

<https://trove.nla.gov.au/>